

La paella del roder

Vicente Blasco Ibáñez

LA PAELLA DEL RODER

Fue un día de fiesta para la cabeza del distrito la repentina visita del diputado, un señorón de Madrid, tan poderoso para aquellas buenas gentes, que hablaban de él como de la Santísima Providencia. Hubo gran paella en el huerto del alcalde, un festín pantagruélico, amenizado por la banda del pueblo y contemplado por todas las mujeres y chiquillos que asomaban curiosos tras las tapias.

La flor del distrito estaba allí: los curas de cuatro o cinco pueblos, pues el diputado era defensor del orden y los sanos principios; los alcaldes y todos los muñidores que en tiempos de elección trotaban por los caminos, trayéndole a don José las actas incólumes para que manchase su blanca virginidad con cifras monstruosas.

Entre las sotanas nuevas y los trajes de fiesta oliendo a alcanfor y con los pliegues del arca, destacábanse majestuosos los lentes de oro y el negro chaqué del diputado; pero, a pesar de toda su prosopopeya, la providencia del distrito apenas si llamaba la atención.

Todas las miradas eran para un hombrecillo con calzones de pana y negro pañuelo a la cabeza, enjuto, bronceado, de fuertes quijadas, y que tenía al lado un pesado retaco, no cambiando de asiento sin llevar tras sí la vieja arma, que parecía un adherente de su cuerpo.

Era el famoso Quico Bolsón, el héroe del distrito, un roder con treinta años de hazañas, al que miraba la gente joven con temor casi supersticioso, recordando su niñez, cuando las madres decían para hacerles callar: «Que viene Bolsón.»

A los veinte años tumbó a dos por cuestión de amores, y después, al monte con el retaco, a hacer la vida de roder, de caballero andante de la siena. Más de cuarenta procesos estaban en suspenso, esperando que tuviera la bondad de dejarse coger. Pero ¡bueno era él! Saltaba como una cabra, conocía todos los rincones de la siena, partía de un balazo una moneda en el aire, y la Guardia Civil, cansada de correrías infructuosas, acabó por no verle. Ladrón, eso nunca. Tenía sus desplantes de caballero, comía en el monte lo que le daban por admiración o miedo los de las Macías, y si sabía en el distrito algún ratero, pronto le alcanzaba su retaco; él tenía su honradez y no quena cargar con ro-

bos ajenos. Sangre..., eso si, hasta los codos. Para él, un hombre valía menos que una piedra del camino; aquella bestia feroz usaba magistralmente todas las suertes de matar al enemigo: con baba, con navaja; frente a frente, si tenían agallas para ir en su busca; a la espera y emboscados, si eran tan recelosos y astutos como él. Por cebos había ido suprimiendo a los otros roders que infestaban la siena; en los caminos, uno hoy y otro mañana, había asesinado a antiguos enemigos, y muchas veces bajó a los pueblos en domingo para dejar tendidos en la plaza, a la sabida de la misa mayor, a alcaldes o propietarios influyentes.

Ya no se molestaban ni se perseguían. Mataba por pasión política a hombres que apenas conocía, por asegurar el triunfo de don José, eterno representante del distrito. La bestia feroz era, sin darse cuenta de ellos, una gana del pólipo electoral que se agitaba muy lejos, en el Ministerio de la Gobernación.

Vivía en un pueblo cercano, casado con la mujer que se impulsó a matar por vez primera, rodeado de hijos, paternal, bondadoso, fumando cigarrillos con la Guardia Civil, que obedecía órdenes superiores, y cuando, a raíz de alguna hazaña, hab-

ía que fingir que se perseguían, pasaba algunos días cazando en el monte, entreteniéndose su buen pulso de tirador.

Había que ver como se obsequiaban y atendían durante la paella los notables del distrito: «Bolsón, este pedazo de pollo.» «Bolsón, un trago de vino.» Y hasta los curas, riendo con un jjo, jo! bondadosote, se daban palmaditas en la espalda, diciendo paternalmente: «¡Ay Bolsonet, qué malo eres!»

Por él se celebraba aquella fiesta. Sólo por él se había detenido en la cabeza del distrito el majestuoso don José, de paso para Valencia. Quena tranquilizarle y que cesase en sus quejas, cada vez más alarmantes.

Como premio por sus atropellos en las elecciones, le había prometido el indulto, y Bolsón, que se sentía viejo y ansiaba vivir tranquilo como un labrador honrado, obedecía al señor todopoderoso, creyendo en su rudeza que cada barbaridad, cada crimen, aceleraba su perdón.

Pero pasaban los años, todo eran promesas, y el roder, creyendo firmemente en la omnipo-

tencia del diputado, achacaba a desprecio o descuido la tardanza del indulto.

La sumisión trocose en amenaza, y don José sintió el miedo del domador ante la fiera que se revela. El roder se escribía a Madrid todas las semanas con tono amenazador. Y estas cartas, garrapateadas por la sangrienta zarpa de aquel bruto, acabaron por obsesionarle, por obligarle a marchar al distrito.

Había que verbos después de la paella, hablando en un rincón del huerto: el diputado, obsequioso y amable; Bolsón, cejijunto y malhumorado.

-He venido sólo para verte -decía don José, recalcando el honor que se concedía con su visita. Pero ¿qué son esas prisas? ¿No estás bien, querido Quico? Te he recomendado al gobernador de la provincia, la Guardia Civil nada te dice... Entonces, ¿qué te falta?

Nada y todo. Es verdad que no se molestaban; pero aquello era inseguro. Podían cambiar los tiempos y tener que volver al monte. Él quena lo prometido: el indulto, ¡recordons! Y formulaba su

pretensión tan pronto en valenciano como en castellano de pronunciación ininteligible.

-Lo tendrás, hombre, lo tendrás. Está al caer; un día de estos será.

Sonrió Bolsón con ironía cruel. No era tan bruto como se creían. Había consultado a un abogado de Valencia, que se había reído de él y del indulto. Tenía que dejarse coger, cargarse con paciencia los doscientos o trescientos años que podían salirle en innumerables sentencias, y cuando hubiese extinguido una parte en presidio, como quien dice de hache a cien años, podría venir el tal indulto. ¡Recristo! Basta de bromas: de él no se burlaba nadie.

El diputado se inmutó viendo casi perdida la confianza del roder.

-Ese abogado es un ignorante. ¿Crees tú que para el Gobierno hay algo imposible? Cuenta con que pronto saldrás de penas, te lo juro.

Y se anonadó con su charla, se encantó con su palabrería, conociendo de antiguo el poder de sus habilidades de parlanchín sobre aquella cabeza fosca.

Recobró el roder poco a poco su confianza en el diputado. Esperaría; pero un mes nada más. Si después de este plazo no llegaba el indulto, no escribiría, no molestaría más. Él era un diputado, un gran señor; pero para las babas sólo hay hombres.

Y, despidiéndose con esta amenaza, requirió el retaco y saludó a toda la reunión. Regresaba a su pueblo; quena aprovechar la tarde, pues hombres como él sólo corren los caminos de noche cuando hay necesidad.

Le acompañaba el carnicero de su pueblo: un mocetón admirador de su fuerza y su destreza, un satélite que se seguía a todas partes.

El diputado los despidió con afabilidad felina.

-Adiós, querido Quico -dijo, estrechando la mano del roder-. Calma, que pronto saldrás de penas. Que estén buenos tus chicos, y dile a tu mujer que aún recuerdo lo bien que me trató cuando estuve en vuestra casa.

El roder y su acólito tomaron asiento en la tartana de su pueblo, entre tres vecinos, que saludaron con afecto al señor Quico, y unos cuantos

chicuelos, que pasaban las manos por el cargado retaco como si fuese una santa imagen.

La tartana avanzaba, dando tumbos, por entre los huertos de naranjos, cargados de flor de azahar. Brillaban las acequias, reflejando el dulce sol de la tarde; por el espacio pasaba la tibia respiración de la primavera, impregnada de perfumes y rumores.

Bolsón iba contento. Cien veces se habían prometido el indulto; pero ahora era de veras. Su admirador y escudero se oía silencioso.

Vieron en el camino una pareja de la Guardia Civil, y Bolsón la saludó amigablemente.

En una revuelta apareció una segunda pareja, y el carnicero moviose en su asiento como si se pinchasen. Eran muchas parejas en camino tan corto. El roder se tranquilizó. Habían concentrado la fuerza del distrito por el viaje de don José.

Pero un poco más allá encontraron la tercera pareja, que, como las anteriores, siguió lentamente al carruaje, y el carnicero no pudo contenerse más. Aquello se ponía mal. ¡Bolsón, aún era tiempo! A bajar en seguida, a huir por entre los

campos hasta ganar la siena. Si nada iba con él, podía volver por la noche a casa.

-Si, señor Quico, si -decían las mujeres asustadas.

Pero el señor Quico se reía del miedo de aquellas gentes.

-Arrea, tartanero..., arrea.

Y la tartana siguió adelante, hasta que, de repente, saltaron al camino quince o veinte guardias, una nube de tricornios, con un viejo oficial al frente. Por las ventanillas entraron las bocas de los fusiles apuntando al roder, que permaneció inmóvil y sereno, mientras que las mujeres y los chiquillos se arrojaban chillando al fondo del carruaje.

-Bolsón, baja o te matamos -dijo el teniente.

Bajó el roder con su satélite, y antes de poner pie en tierra ya le habían quitado sus armas. Aún estaba impresionado por la charla de su protector, y no pensó en hacer resistencia, por no imposibilitar su famoso indulto con un nuevo crimen.

Llamó al carnicero, rogándole que corriese al pueblo para avisar a don José. Seria un error, una orden mal dada.

Vio el mocetón cómo se le llevaban a empujones a un naranjal inmediato, y salió corriendo camino abajo por entre aquellas parejas, que cenaban la retirada a la tartana.

No corrió mucho. Montado en su jaco encontró a uno de los alcaldes que habían estado en la fiesta... ¡Don José!... ¿Dónde está don José?

El rústico sonrió como si adivinara lo ocurrido... Apenas se fue Bolsón, el diputado había sabido a escape para Valencia.

Todo lo comprendió el carnicero: la fuga, la sonrisa de aquel tío y la mirada burlona del viejo teniente cuando el roder pensaba en su protector, creyendo ser víctima de una equivocación.

Volvió corriendo al huerto; pero, antes de llegar, una nubecilla blanca y fina como vedija de algodón se elevó sobre las copas de los naranjos, y sonó una detonación larga y ondulada, como si se rasgase la tierra.

Acababan de fusilar a Bolsón.

Le vio de espaldas sobre la roja tierra, con medio cuerpo a la sombra de un naranjo, ennegrecido el suelo con la sangre que salía a borbotones

de su cabeza destrozada. Los insectos, brillando al sol como botones de oro, balanceábanse, ebrios de azahar, en tomo de sus sangrantes labios.

El discípulo se mesó los cabellos ¡Recristo! ¿Así se mataba a los hombres que son hombres?

El teniente le puso una mano en el hombro.

-Tú, aprendiz de roder, mira cómo mueren los pillos.

El aprendiz se revolvió con fiereza; pero fue para mirar a lo lejos, como si a través de los campos pudiera ver el camino de Valencia, y sus ojos, llenos de lágrimas, parecían decir: «Pillo, sí; pero más pillo es el que huye.»

FIN